

# Como San Pablo ante el Areópago

Por Gustavo Andujar



*No creo en un destino que se cierne sobre los hombres independientemente de cómo actúen;  
creo más bien en un destino que se cierne sobre ellos a menos que actúen.*

**G. K. Chesterton**

**E**l libro de los Hechos de los Apóstoles nos narra cuatro largos viajes que realizó San Pablo, en su incansable peregrinar anunciando el Evangelio, y en los cuales el Apóstol de los Gentiles recorrió la mayor parte del mundo conocido en su época. Del segundo de estos viajes, que estudios históricos señalan como realizado aproximadamente entre los años 50 y 52, el libro de los Hechos relata, entre otras incidencias, la comparecencia de San Pablo ante el Areópago de Atenas (He 17, 22-31). Éste era un tribunal de gran prestigio, que había llegado a tener, en la época de mayor esplendor de aquella ciudad-estado, una gran influencia en el gobierno de ésta. En la época en que San Pablo compareció ante él había perdido ya mucho del poder antes alcanzado, pero conservaba todavía gran influencia.

## **San Pablo en Atenas**

Durante su paso por la gran ciudad griega, el Apóstol “se llenaba de indignación al ver la ciudad llena de ídolos” (v. 16) y discutía en las sinagogas y las plazas. Nos narra el autor sagrado que los atenienses decían tener “cansados los oídos con cosas extrañas” (v. 20), y queriendo saber de qué se trataba todo aquello, curiosos por conocer detalles de la doctrina que anunciaba San Pablo, lo llevaron al Areópago.

Allí el Apóstol, “...puesto en pie en medio del Areópago, dijo: «Atenienses, por todo veo que sois muy religiosos. Al recorrer vuestra ciudad y contemplar vuestros monumentos sagrados, me he encontrado incluso un altar con esta inscripción: ‘Al Dios desconocido’. Pues bien, lo que veneráis sin conocerlo, eso es lo que yo os vengo a anunciar. El Dios que ha hecho el mundo y todo lo que

hay en él, siendo señor del cielo y de la tierra, no habita en templos contruidos por la mano del hombre. Ni es servido por manos humanas, como si necesitase algo él, que da a todos la vida, el aliento y todas las cosas...” (He 17, 22-25).

Este fascinante episodio se cita siempre, con las consideraciones debidas a los géneros literarios bíblicos, como ejemplo de sagacidad apostólica: San Pablo aprovecha magistralmente la ocasión para, desde la inesperada tribuna que le ofrece el Areópago, anunciar al Dios verdadero a partir de un oportuno dato de aquella realidad: el altar “Al Dios desconocido”.

En la encíclica *Redemptoris missio*, publicada en 1990, con motivo del 25 aniversario de la promulgación del decreto *Ad gentes* del Concilio Vaticano II, el Santo Padre Juan Pablo II trazó un revelador paralelo entre la situación del apóstol ante los atenienses y la de los evangelizadores contemporáneos ante el mundo moderno, empleando el símbolo del areópago para representar los ambientes que reclaman hoy la acción evangelizadora de la Iglesia.

Señala la encíclica en primer lugar, entre estos “areópagos del tiempo moderno”, el mundo de la comunicación. El modo en que presenta este ambiente, del cual afirma “que quizás se ha descuidado un poco”, es revelador de la profundidad del análisis a que nos invita. Quiere que lo consideremos no sólo como un conjunto de medios que la Iglesia puede y debe usar “para multiplicar el anuncio” al “difundir el mensaje cristiano y el Magisterio de la Iglesia”, sino como “...un hecho más profundo, porque la evangelización misma de la cultura moderna depende de su influjo”, dado que los medios definen el entorno en el que toma forma esa cultura, y afirma que debemos “integrar el mensaje mismo en esta «nueva cultura» creada por la comunicación moderna”, reconociendo que existen “nuevos modos de comunicar con nuevos lenguajes, nuevas técnicas, nuevos comportamientos psicológicos”.

*Redemptoris missio* señala, entre otros areópagos del mundo moderno, “el compromiso por la paz, el desarrollo y la liberación de los pueblos, los derechos del hombre y de los pueblos, sobre todo de las minorías, la promoción de la mujer y del niño, la salvaguarda de la creación”, “el vastísimo areópago de la cultura, de la investigación científica, de las relaciones internacionales...”. Este elenco ilustra certeramente hacia dónde apunta la Iglesia en este contexto: áreas en las que se decide el futuro, y aun el presente, de la comunidad humana destinataria del anuncio evangelizador.

El objetivo de este artículo es tratar de identificar, sin pretender agotar el recuento de los posibles, sino más bien a modo de ejemplos que nos ayuden a descubrir nuevos espacios, algunos “nuevos areópagos” en ésta, nuestra realidad cubana de inicios de siglo.

## **Los nuevos areópagos en Cuba**

En nuestro país también se nos presentan importantes retos apostólicos, en especial en relación con ambientes de gran relevancia en los que podemos y debemos hacer presente o ampliar la acción evangelizadora de la Iglesia. A continuación se presentan algunos ejemplos:

### **El mundo de la comunicación**

Comenzamos precisamente con el mismo mundo que primero aborda la encíclica porque, contrariamente a lo que podría pensarse dada la usual ausencia de la Iglesia de los medios de comunicación en Cuba, mucho de lo dicho por Juan Pablo II en la *Redemptoris missio* en relación con el reto que representa este nuevo areópago, se aplica a la situación cubana. Nuestro aprovechamiento de los recursos de que disponemos es francamente pobre. Muchas parroquias tienen equipos de video, pero no son tantas las que los emplean sistemáticamente en el trabajo pastoral, con lo cual se desaprovecha así, lamentablemente, un poderosísimo medio audiovisual. Las nuevas generaciones, formadas en una cultura de la imagen y habituadas al ritmo ágil y la presentación seductora de los medios audiovisuales, frecuentemente portadores de mensajes llenos de antivalores,

reciben a menudo lo más valioso, el anuncio evangelizador, como un discurso casi exclusivamente verbal, abundante en conceptos abstractos, que les resulta muy difícil de asimilar. Habría que replantearse esta situación, a partir de la evaluación de los recursos disponibles, y dar un giro a nuestro modo de anunciar el Evangelio, asumiendo con creatividad la existencia de “nuevos modos de comunicar con nuevos lenguajes, nuevas técnicas...”, como nos pide la encíclica.

### **El mundo de la cultura**

Este espacio es un “nuevo areópago” particularmente cercano. Es muy larga, en la historia de la Iglesia universal, la tradición de una relación sumamente cordial con los artistas, muchas de cuyas creaciones, promovidas y alentadas precisamente por la Iglesia, ponen de manifiesto, del modo más hermoso, el aliento del Espíritu. Una relación igualmente cordial es la que existe entre los artistas y la Iglesia en Cuba hoy. Es muy frecuente la presencia de reconocidos creadores en las actividades organizadas por nuestras comunidades: músicos y cantantes, actores y actrices, artistas de la plástica, no dudan en responder a las invitaciones que se les hacen. Escritores conocidos participan en los concursos de nuestras publicaciones; jurados de la organización católica para el cine son invitados a otorgar premios en festivales de cine y video; pintores, escultores y otros artistas de la plástica organizan exposiciones de sus obras en locales de la Iglesia. Deben abrirse más espacios para este fecundo diálogo, que tanto puede hacer para nutrir la espiritualidad de nuestro pueblo.

### **El mundo de la salud**

Además del indudable referente que representa en la sociedad cubana la labor de las congregaciones religiosas dedicadas al cuidado de ancianos y enfermos, cuyo trabajo ejemplar goza tanto de la admiración de todo nuestro pueblo como del reconocimiento de las autoridades, han ganado importantes espacios en esta área el trabajo del Centro de Bioética Juan Pablo II, el del Movimiento de Trabajadores de la Salud (MTS) y el de la Pastoral de la Salud (PAS), que involucran, los primeros, a profesionales, técnicos y otros trabajadores del sector y, en caso de la PAS, también a muchos cristianos sencillos dispuestos a servir a Cristo en su prójimo. Particularmente destacada es la labor del Centro Juan Pablo II, cuyas Jornadas de Bioética convocan a profesionales del mayor nivel en el más importante evento de este tipo que se organiza anualmente en Cuba y llega incluso a participar, a título propio, en la docencia de nivel superior de esta especialidad. La defensa de la vida y la dignidad de la persona humana son premisas esenciales de la presencia de los cristianos en este ambiente. Habría que consolidar el trabajo de la PAS y dinamizar el MTS.

La relación podría extenderse muchísimo: el mundo de la educación, del trabajo, las asociaciones profesionales, deportivas y culturales, el mundo de las mujeres... todos los estamentos de la sociedad de hoy, en muchos de cuyos sectores los católicos estamos presentes y que frecuentemente pueden ser más propicios para un anuncio eficaz del Evangelio que lo que nuestros temores e insuficiencias nos dejan ver.

El horizonte de espacios que esperan por nuestra acción es tan inabarcable, como inagotable es la riqueza del mensaje que anunciamos. En las palabras del Santo Padre Juan Pablo II: “Nuestro tiempo es dramático y al mismo tiempo fascinador...No sólo en las culturas impregnadas de religiosidad, sino también en las sociedades secularizadas, se busca la dimensión espiritual de la vida como antídoto a la deshumanización. Este fenómeno así llamado del «retorno religioso» no carece de ambigüedad, pero también encierra una invitación. La Iglesia tiene un inmenso patrimonio espiritual para ofrecer a la humanidad: en Cristo, que se proclama « el Camino, la Verdad y la Vida » (Jn 14, 6). Es la vía cristiana para el encuentro con Dios, para la oración, la ascesis, el descubrimiento del sentido de la vida. También éste es un areópago que hay que evangelizar.” (*Redemptoris missio*, 38)

No nos es lícito encerrarnos en la queja estéril, en la justificación de la inacción, cuando son tantos los espacios que esperan por una palabra oportuna, como la de San Pablo en Atenas. En esta Cuba nuestra de hoy podemos decir como el Bautista: “en medio de ustedes hay uno a quien no conocen” (Jn 1, 26). Es nuestra responsabilidad trabajar para que todos los miembros de nuestro pueblo tengan la oportunidad de encontrarse con Él.